

Lope de Vega
La Gatomaquia
edición de Antonio Sánchez Jiménez,
Madrid, Cátedra, 2022, 348 pp.
ISBN: 978-84-376-4359-5

Luis Gómez Canseco
Universidad de Huelva
canseco@uhu.es

Vaya usted a saber las razones que llevaron a Lope a componer, al final de sus días, una epopeya burlesca en miniatura protagonizada por gatos madrileños. Pero lo cierto es que *La Gatomaquia* disfrutó de un éxito inmediato entre los lectores y de un reconocimiento mantenido desde que viera la luz, en 1634, como parte de las *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*: una joya singular encerrada en el cofre del tesoro. Sin embargo, la popularidad alcanzada por esta riña de gatos hizo que, desde el siglo XVIII, comenzara a publicarse de manera independiente y reiterada.

Para la historia de la literatura española estamos ante la muestra más conocida de épica burlesca, y acaso por eso haya recibido una atención preferente por parte de filólogos, estudiosos y aficionados. Muestra de ello son las numerosas ediciones, críticas o anotadas, que han vuelto una y otra vez sobre el texto de Lope de Vega. Entre las exentas, contamos con trabajos valiosísimos e ineludibles, como los de Francisco Rodríguez Marín (Madrid, Bermejo, 1935), Agustín del Campo (Madrid, Castilla, 1948) o Celina Sabor de Cortázar (Madrid, Castalia, 1982); y, dentro de las *Rimas* del licenciado Burguillos, cabe destacar las ediciones de Antonio Carreño (Salamanca, Almar, 2002), Macarena Cuiñas (Madrid, Cátedra, 2008) o la más reciente de Ignacio Arellano (Madrid, Iberoamericana, 2019).

A pesar de ese sobresaliente elenco, la edición de *La Gatomaquia* que Antonio Sánchez Jiménez, estudioso de largas travesías en el océano de la literatura lopesca, acaba de publicar en Cátedra significa una aportación en verdad relevante. Las razones para que así sea comienzan por la materialidad textual, porque una edición que pueda considerarse verdaderamente crítica —y esta sin duda lo es— tiene su fundamento en la ecdótica y en la constitución del texto. A su elucidación ha consagrado el editor buena parte de su estudio introducto-

rio (pp. 69-98), comenzando por la historia del texto, el examen de la edición príncipe de 1634, la trayectoria del poema en el siglo xvii y la muy relevante aportación de los editores dieciochescos. A partir de ahí se van desglosando una por una las numerosas ediciones salidas en el siglo xix y se analizan con detalle las ediciones –críticas o no– impresas entre los siglos xx y xxi.

El texto que en esta edición se ofrece –precedido por un soneto encomiástico «De doña Teresa Verecundia al licenciado Tomé de Burguillos» y rematado con el epitafio «A la sepultura de Marramaquiz»– nace del cotejo detallado de cinco ejemplares de la *princeps* y de otras seis ediciones: la salida de la Imprenta Real en 1674, las estampadas por Joaquín Ibarra y Antonio Sancha en 1670 y 1678, la preparada en 1792 de nuevo por la Imprenta Real, la debida a Villalpando en 1796 y, por último, la que Manuel José de Quintana incluyó en sus *Poesías selectas castellanas* de 1807. A ello se añade la revisión sistemática de las propuestas textuales hechas por editores modernos como Antonio Gasparetti, Rodríguez Marín, Sabor de Cortázar, José Manuel Blecua, Antonio Carreño o Ignacio Arellano. Gracias ese cotejo se identifican los errores y erratas propios de cada edición, las variantes entre ejemplares y las surgidas durante la transmisión, se establecen las enmiendas necesarias y, al tiempo, se repasa el trabajo realizado por los demás editores de la obra.

La edición de Sánchez Jiménez parte de unos criterios claros y rigurosos, que pasan por una modernización sensata y moderada del texto. Se ha conservado todo aquello que corresponde a la fonología y a la fonética propias de la lengua áurea y se ha entrado de lleno en la puntuación, tarea ardua donde las haya para el desempeño filológico. El resultado es un texto limpio y ejemplar, utilísimo para los estudiosos de la cosa, pero asimismo accesible para lectores menos duchos.

Otro tanto cabe afirmar de la anotación, que tiene muy en cuenta, como no podía ser menos, de la tarea realizada por los que editaron el poema previamente. El reconocimiento de su trabajo se hace de manera expresa en cada nota, cuando así corresponde, y de modo general en la introducción, donde se afirma que, sin ellos, “no habríamos podido llevar a cabo nuestra labor” (p. 90). Sobre esa base, Sánchez Jiménez avanza en la explicación del texto, atendiendo primero a su literalidad y abordando todas las dificultades que le han ido saliendo al paso. Porque *La Gatomaquia*, por más que hablemos de Lope, rebosa de digresiones, incisos y alusiones eruditas que precisaban de elucidación. Con buen criterio por parte del editor y de la editorial, las notas que van al pie resuelven de manera sencilla e inmediata los problemas esenciales de léxico, interpretación, fuentes o referencias cultas e históricas. Para la información erudita se ha reservado una sección final de “Notas complementarias” (pp. 269-343), donde se acumula todo aquello que pudiera parecer impertinente en una lectura sencilla y directa. Hay que alabar, en ese sentido, la política de la editorial Cátedra, que en los últimos años ha abierto su mítica colección *Letras Hispánicas* a textos de una mayor ambición filológica, ecdótica y erudita.

Como suele ocurrir en los trabajos de Antonio Sánchez Jiménez, la “Introducción” que precede al texto y que le sirve de presentación resulta útil, clara y sistemática (pp. 9-67). La explicación de la obra comienza situando su composición dentro del ciclo *de senectute*, en un momento en el que Lope, lejos ya de los corrales, quiso presentarse como un hombre sabio y desengañado, produciendo piezas tan excepcionales como las novelas a Marcia Leonarda, *El castigo sin venganza* o la deslumbrante *Dorotea*. En cuanto al género, Sánchez Jiménez define *La Gatomaquia* como un epilio burlesco, cuyas fuentes establece a partir de unos versos de la silva V, en los que Lope, para justificar su obra, menciona otros textos precedentes como la *Batracomiomaquia*, el *Moreto* y el *Culex* atribuidos a Virgilio y los elogios burlescos de Sinesio, Diocles o don Diego Hurtado de Mendoza. A partir de ahí se tienden lazos con las zoomaquias que precedieron a la de Lope en la literatura española, otorgando una especial importancia a la batalla de gatos y ratones que Luis de Zapata incluyó en su *Carlo famoso* (1566) y limitando la relación con otros textos como *La famosa Gaticida* (1595), *La Gaticida* (1604) o *La Mosquea* de José de Villaviciosa. Sobre esa pauta, se establecen para el poema vínculos con otros géneros contemporáneos como el elogio paradójico, la épica culta de estirpe virgiliana o el *romanzo* de Ariosto. Al mismo tiempo y frente a la tradición crítica, se cuestiona el carácter dramático de *La Gatomaquia*, dando prioridad como fuente y modelo a otras obras del propio Lope, ya sea la *Arcadia* o *La Dorotea*, que cabría interpretar como el envés cínico y celestinesco de esta epopeya gatuna. De hecho, cabe enmarcar el poema en lo que Edwin S. Morby denominó “el tema de *La Dorotea*”, esto es, las relaciones de Lope con Elena Osorio y la intromisión de Francisco Perrenot de Granvela.

En lo que corresponde a la escritura, Sánchez Jiménez destaca el uso de la silva como opción métrica frente a la octava, entendiendo que su carácter cortesano otorgaba una mayor libertad creativa al poeta. De esa libertad se habría además servido para construir su poema en torno a una sucesión de digresiones y sentencias unas veces morales, otras meramente burlescas y con frecuencia metaliterarias, que marcan la pauta estilística de la obra. Aprovechando el disfraz felino, Lope va dejando caer sus opiniones sobre la literatura, la condición humana o sobre la sociedad que le rodea, casi siempre con indulgencia, excepto cuando se refiere a la ausencia de protección y mecenazgo para las letras. A pesar de todo, no hay que olvidar que su intención última fue procurar a sus lectores un delicioso juguete literario, que miraba hacia su pasado desde la melancolía de la vejez. La impecable edición que Antonio Sánchez Jiménez ha puesto sobre la mesa resulta un instrumento imprescindible para los estudios lopescos por su erudición y su rigor filológico. Pero, gracias a la disposición de la información y a una concepción de la filología que no olvida a los lectores, también nos ofrece la oportunidad de leer y disfrutar sin empachos eruditos de una obra extraordinaria, divertida y de una sofisticación insospechada.